

si 6089

UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

40

José Romero y Corderó

Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

CUENCA—ECUADOR

1965



E861.4

si6089

mlu 141271 (Way)

E 805
U 48P

Si 6089

2012-02-07

1.00

JOSE ROMERO Y CORDERO

Le obsesionaban las distancias... Le llamaban los caminos desde sus distantes distancias, porque en su espíritu entristecido de sutiles y hondas tristezas vivía la nostalgia, un sentido de lo triste de la vida, un signo de tragedia que no podía borrar ni siquiera la bohemia con todos sus aconteceres de noches sensitivamente musicales bajo las estrellas... Desde sus mismas noches de bohemia le llovía una garúa hiriente sobre el alma...

Desde lo hondo le nacía la llamada de los caminos... Tenía un sentido de lo inestable sobre lo humano, una sabiduría de saber que los caminos están fugando bajo las pobres plantas caminantes que nunca, nunca, nunca pueden guardarlos... Iba tras los caminos sin motivo aparente, pero con el hondo motivo de la inquietud vital, con el motivo de buscar lo inencontrable...

Pobre por voto de pobreza, por convicción de pobreza, por franciscana hermandad de la pobreza... Tenía una especie de religiosidad por la pobreza, sentía amor por la pobreza, se hundía vitalmente en la integral pobreza... Comprendía perfectamente que las

manos del Poeta no han de contaminarse con el metal que enducere, que los ojos del Poeta no han de quedarse asidos a las cosas que pasan, que el alma del Poeta no ha de unirse a todo esto que, un día cualquiera, se ha de desdibujar definitivamente... Sabía bien que ni siquiera el pequeño pedazo de tierra última nos pertenece, porque todo polvo es llevado por los vientos y la arcilla que alguna vez fuera humana se confunde de tal modo y manera con la arcilla del mundo que nadie ya puede separarlas...

Era pobre con pobreza en íntimo amor... Era pobre porque comprendía que la pobreza da tristeza, es decir, esencial sentimiento poético, en tanto que la riqueza da sólo anhelos dolorosos...

Bohemio con la más cierta bohemia, bohemio total... Nunca tuvo el sentido de la vida como cierto, medido, calculado... En su alma habitaba lo infinito, que es lo único que puede y debe habitar el alma del Poeta verdadero...

Sensible, sensible hasta lo inverosímil... Sensible hasta lo imposible en sensibilidad... La tristeza le era patrimonio natural, la tristeza que no se cura ni quiere curarse... Una tristeza sentida hacia los adentros, con bellas imágenes borradas por mandato de Muerte, con presentimientos antes mismo de los aconteceres, con lágrimas mucho antes de las lágrimas...

Triste por destino, por vida, por horóscopo poético que le mandó ser triste... Triste porque no se concibe la alegría desbordada en el Poeta... Porque el Poeta tiene sus propias alegrías, sí, pero ya prelu-

diadas de tristeza: la pequeña alegría del aroma de la flor es víspera de marchitez, la alegría íntima del cariño familiar es signo de viajes irremediables, la alegría pura que se asoma desde las almas amigas anuncia fugas que no podemos, nó, no podemos detener...

Tenia el sentido de lo inestable, de lo viajero, de lo sin rumbo... Tenía la Voz del Poeta que es una Voz llamando desde una lejanía maravillosamente estelar y pura... Soñaba con lo lejano como debe soñar todo Poeta, porque el Poeta nunca, nunca, nunca puede pertenecerse a lo transitorio...

Todo él está en su Poesía, que es la única manera de estarse en verdadera Poesía... Todo él palpita en bella, sincera y clara Poesía... Lleno del emocioario más hermoso, lo dice sencilla, pero profundamente... Ninguna de sus palabras es ajena a la verdadera Poesía... Fuente de donde la Poesía surge perfectamente límpida, recién bañada de lágrimas del alma y de lágrimas de estrellas...

RIGOBERTO CORDERO Y LEON

JOSE ROMERO Y CORDERO

POETA

(Del Libro "HARAPOS")

Poeta que has vendido con tu libro de versos,
lo mejor de tu vida, lo mejor de tu amor:
ibas a la conquista de grandes universos;
y te quedaste un día contemplando una flor.

Ibas a la conquista, donde óyese sonora
la canción que le canta el dulce ruiseñor:
y así, te ibas quedando, hasta que, ya no era hora:
y por esto has vendido tu dolor y tu amor...

Y es que hay quien te los compra, mago de desventura
que en un día larguísimo de miseria y premura,
vendes el bello libro que te compran tan mal;

mientras la novia pálida, que se llama la Anemia,
espera, cobijada con tu capa bohemia,
que vayas a la cama triste del hospital.

TONO DE GRIS

Campana bullanguera; compana parroquial,
que te pasas cantando desde el amanecer;
ya deberas cansarte, campana parroquial,
de pasarte cantando desde el amanecer...

Y más, cuando conoces esta historia fatal,
y conoces lo malo de su modo de ser,
y sabiendo lo inmenso de mi amor sin igual,
sabes que ya no puedo dejarla de querer!

Que no puedo dejarla de querer: y es que el mal
de vivir esperándola, campana parroquial,
ya no tiene remedio ni ha podido tener...

Porque querer curar la dulzura del mal
en verdad que ya fuera lo mismo que querer
arrancarme la vida, campana parroquial!



MARIA MAGDALENA TAMARIZ TORAL

Con sus ojos azules, profundamente azules,
como una sensitiva joven y fina y leve,
con sus ojos azules, profundamente azules,
fue bella y se llamaba la Reina Blanca Nieve.

... Y dicen que la rosa, la más hermosa rosa,
la fragancia exquisita de su boca no efluvia
y que la primavera, para ser más hermosa,
ya quisiera tener su cabellera rubia.

Así comienza el cuento de la reina que un día,
junto a la bulla blanca que la lyslera hacia,
murió mientras cantaban los más dulces bulbules;

porque pudiera ser, muñeca fina y leve,
que haya tenido envidia de tus ojos azules
la Reina Blanca Nieve...!

POEMA FUNEBRE

Este es el doloroso poema que yo escribo
mientras llora mi alma, en la nota más alta,
y se agita mi cuerpo bárbaramente vivo
donde late el dolor de la parte que falta.

Y es que falta la parte que se restó de ella,
igual que con la estrella se resta la clarura
del lugar alumbrado donde estuvo la estrella
y hoy está solamente la terrible negrura!

... Y éste es el doloroso poema que le cedo
al dolor de esta pena con la que ya no puedo,
a ver si disminuye este dolor atroz,

setenta veces hondo, setenta veces fuerte,
y el que de fijo hubiera llevádome a la muerte
si es que, a pesar de todo, yo no creyera en Dios!

Tendida en la mesa que, irónicamente,
fue la misma que antes la guardara un puesto
donde allá en las tardes del otoño rápido,
o allá en las mañanas del invierno lento,
se acodaba para contarnos historias,
hacer sus labores o hilvanar sus versos;
tendida en la mesa que fue de ella, estaba
con los ojos hondos y los labios secos!

Y su rostro pálido caía en la misma
rectura del puesto
donde allá, en las tardes del otoño rápido,
o allá, en las mañanas del invierno lento,
se acodaba para contarnos historias,
hacer sus labores o hilvanar sus versos

Y sus ojos hondos y sus labios secos
me dijeron claro que se había muerto;
pero yo no quería creerlo,
ni podía creerlo,
aunque lloviznaba y aunque estaba negro
el cielo, tan negro como las cortinas
que rodearon su cuerpo,
y las que han quedado flotando, flotando
en el catafalco que tengo en el pecho;
porque aquí, en el pecho, todavía está ella
tendida en la mesa que, irónicamente,

fue la misma que antes le guardaba un puesto;
y está con las manos cruzadas y frías,
los ojos hundidos, y los labios secos,
como en esa mañana
en que se hubo muerto!

... No pude mirarla mucho, pues los ojos
se me oscurecieron;
ni pude tampoco oír los sonidos
de los martillazos que dicen
que fueron tremendos,
porque los oídos se me ensordecieron;
ni pude tampoco vigilar que pongan
algo que suavice lo duro del cedro
de su caja negra, porque los sentidos
huyeron;
hasta que hoy han vuelto para hablarme de unos
horrorosos féretros,
de unos campanazos, de unos atáüdes,
de unos ayes hondos, de unos llantos luengos;
y otros campanazos, y otros nuevos llantos,
y otros ayes nuevos;
pero al fin de un silencio terrible,
pero al fin de un enorme silencio:
el silencio en que yace la madre
de los hijos huérfanos...!
De estos ocho seres que somos los ocho
árboles del yermo
que nos arrimamos al árbol ya débil del padre,
este padre que al fin, de entre todos,
resulta más huérfano,
cuando siente solo las nueve orfandades
de los nueve huérfanos!,
mudo y desolado, Señor Jesucristo,
como si él también ya se hubiera muerto!

II

Por la carretera de árboles enormes
que en el agua sucia ponen su reflejo,
como si ilustrando el peor capítulo
del cuento más trágico de todos los cuentos,
por la carretera de árboles enormes
rodando sus ruedas iba el carro negro,
y sobre del carro la maldita caja
donde le encerraron para tanto tiempo.
Y por esa misma carretera triste
llegamos a la húmeda ciudad de los muertos,
quitamos la caja de sobre del carro,
y pusimos su caja en el hueco;
después nos volvimos, cabizbajos todos
y mudos, es cierto,
pero abandonándola allá, donde nadie
mimará sus ansias cuando tenga miedo,
ni ha de calentarla cuando tenga frío,
pobrecita nuestra, porque nadie es bueno. .!

Nunca volveremos a la carretera
de árboles enormes; pero en el misterio
de nuestras tristezas se mira las tardes
una hilera larga de árboles entecos
y una carretera donde está rodando
con sus cuatro ruedas algún carro negro...
Por la carretera de árboles enormes,
al final, huidos de este sufrimiento,
cuándo nos iremos entre campanadas,
cuándo nos iremos en un carro negro!

III

Qué solo está el cuarto... Por las hendiduras
del balcón cerrado que hasta hoy no se ha abierto
de miedo de hallarnos con algo que diga
que en verdad se ha muerto,
por las hendiduras del balcón cerrado
se meten los rayos de un sol macilento,
y los rayos alumbran la sola
soledad del lecho...!

Ya el lecho desierto nos está diciendo
que en verdad se ha muerto;
pero, sin embargo de todo esto, y cuando
mucho lo quisiéramos,
nadie abre el balcón por cuyas rendijas
se meten los rayos de un sol macilento;
y como si nada fuera cierto, y como
si dormida la viéramos,
suavemente entornamos las puertas
y quedamos todos en un gran silencio...

Qué solo está el cuarto, qué solo está el cuarto
tan alegre y lleno no hace mucho tiempo;
ese cuarto grande donde las veladas
transcurrían como si fueran de cuento,
tranquilas y dulces sin que falte nadie,
porque nadie estaba ni ausente ni muerto.

Aquellas veladas donde ella contaba
de las alegrías de los tiempos viejos,

cuando era mi padre el novio poeta
que le daba flores y le hacía versos;
y veladas donde el padre reía
gozándose como si viera de nuevo
la figura de esa noviecita a quien
regalaba flores y escribía versos;
y el padre que luego que sonaban once
campanadas dentro del reloj, que es miembro
de familia en todas las vigiliass, iba
iniciando, grave, la bondad del rezo,
ese con que tanto pedimos, Dios mio,
por el corazón mil veces enfermo
de la madrecita que, de madrugada,
se marchó tan lejos.

Qué solo está el cuatro... por las hendiduras
del balcón cerrado que hasta hoy no se ha abierto
se meten los rayos ya descoloridos
del sol macilento,
y los rayos alumbran la sola
soledad del lecho...

IV

Y en el cuarto lleno de sus soledades,
en la misma mesa donde estaba muerta,
acodada la vi pensativa
la última mañana que pereció, buena...

El vaso rojizo que hasta hoy tiene el agua
que ya no bebió, quebraba la crema
mancha del sol rojo que se entremetía
en su gran tristeza.

Y ella parecía no fijarse en nada,
y ella estaba muy triste y enferma,
pero aun cuando la vi toda triste,
no pensé que tan pronto se fuera...!
—Madre, la dijeron, esos dos gorriones
a quienes criaste con tanta paciencia,
a quienes quisiste con tanto cariño,
ya se han ido; madre, la jaula esta abierta!—
Y ella no hizo caso de los dos gorriones,
y yo tuve unas ganas intensas
de pasar llorando toda la mañana,
sin saber sus penas,
pero presintiendo no sé qué desgracias
así tan enormes como su tristeza!

—Madre, la dijeron, si querrás alguna
de las medicinas que te pongan buena—
Y ella no hizo caso de las medicinas,
y seguía en su misma tristeza!

—Madre, la dijeron, ven a ver tus flores,
porque las acacias tienen flores nuevas—
Y ella no hizo caso ya ni de las flores,
y seguía en su misma tristeza;
hasta que un suspiro muy hondo del fondo
salió de su pecho, cual si respondiera,
y la madre lloró nadie sabe
si viendo el vacío de una casa huérfana.

Yo pasé muriendo toda la mañana...
Y cuando la mancha suavemente crema
del sol que, en el vaso rojo se quebraba,
cuando ya la mancha no estaba en la mesa,
al són aterrantemente de la campanilla,
al són aterrantemente y entre dos hileras
de cirios prendidos, Jesucristo el manso
entraba a la blanca casona de aldea,
a llevarse a la Madre a los Cielos,
porque El todo premia,
mas también a dejarnos sin madre
sin pensar que hace frío en la tierra.

Y en el cuarto lleno de sus soledades,
en la misma mesa donde estaba muerta,
y donde acodada la vi pensativa,
sentó el Sacerdote el Anfora nueva,
donde Jesucristo venía encerrado,
es decir, encerrados el Cielo y la Tierra.
Esta vez el vaso rojizo quebraba
otra mancha crema:
la mancha del oro brillante del Anfora,
que irradiaba sin tregua...

Los campanillazos agudos, lo mismo
que finos puñales, rasgaron la quieta
silenciosidad de la estancia absorta
quién sabe en qué párrafos de antiguas leyendas;
y mientras la tarde se descoloría
retorcida en su lecho violeta,
aplaudido por todo el crepúsculo,
Jesucristo el Lirio de la Galilea,
triumfalmente se hundía en el alma
de la madre enferma:
se posó pocas horas en su alma,
y se fue a la mañana con ella!

En el cuarto lleno de sus soledades,
acodados todos en la misma mesa
en donde la viera así pensativa,
en donde tan pálida la miré de muerta
y en donde esa tarde cruelmente clarísima
sentó el Sacerdote el Anfora nueva,
qué noches tan largas las que nos pasamos,
Señor Jesucristo, qué noches tan negras!...

Su puesto vacío parece que dice
de esas mañanitas suavemente frescas
en que ella por toda la casona andaba
con ese llavero que ya nunca suena,
arreglando todo, cuidadosa y diestra...
Y esas mañanitas que para lo triste
de nuestro recuerdo tienen la belleza
que tienen las cosas que antaño habitamos,
los antiguos huertos y las sendas viejas!

Parece que dice de esos mediodías
en que ella, cansada ya de la faena,
se ponía a cantar tantas cosas
que nos matan ahora de penas...
Y esos mediodías que para lo triste
de nuestro recuerdo, cada vez que llegan,
tienen ese raro no sé qué del agua
que en el vaso donde bebíamos, queda!

Pero, sobre todo, parece que dice
de esas tardes lejanas en que ella,

igual que arrastrando su cuerpo dolido
pasaba la ronda de las flores nuevas;
y de aquellas en que nos contaba
unas cosas dulces y otras cosas tiernas,
y tardes y noches que así como el agua
que nunca regresa,
han pasado llevándose todo
lo que estuvo en la alema,
y esas que parecen a nuestros recuerdos
hermanitas muertas,
a quienes salimos a ver del otero,
por si acaso vuelvan!



VII

Y en el cuarto, lleno de sus soledades,
sentimos el frío de la vida huérfana,
envidiando las madres de todos
los que están calientes por dentro y por fuera:
aquellos que tienen a quien decir madre
cuando el sueño no llega,
y se duermen alegres sintiendo su aliento,
y despiertan alegres cerquecita de ella...

Y en el cuarto, lleno de sus soledades,
la llamamos mucho, pero ella no llega;
y entonces, perdidos en el bosque mudo
del recuerdo que es nuestra riqueza,
tanto recordamos de la madre viva,
que nos olvidamos de la madre muerta...

Y entonces parece que el cuarto se alumbra
y que el puesto vacío se llena,
y hablamos con ella de todas las cosas
que han pasado en su ausencia:
por ejemplo, del modo tan triste
que hay en todas las cosas que quedan;
de que ya no tenemos gorriones,
ni huertos, ni fiestas;
de que sus labores no se han concluido,
de que nadie canta, y de otras tristezas;
hasta cuando llegan a hablarla del padre
que vive tan solo, y de nuestras penas
y parece que tiembla, que tiembla

hasta que, de nuevo, se pierde en la sombra
negra de la ausencia;
y de nuevo entonces en el mismo cuarto
y acodados todos en la misma mesa,
mirando su puesto que sigue vacío,
sentimos el frío de esta vida huérfana,
envidiando las madres de todos
los que están calientes por dentro y por fuera!

VIII

Señor Jesucristo, qué te cuesta darme,
Señor Jesucristo, las alas de alguno
de los pájaros muertos, las alas
que ya ni le sirven al pájaro mudo;
y dejar que me vaya muy lejos,
y dejar que me vaya sin rumbo;
hasta que una tarde, cansado del vuelo,
me abandone al viento, que, contra los muros
de la linde, me estrelle y entonces
acabe esta vida con que tanto sufro...!

Y es que no hay dolor comparable a éste
si en él están todos los dolores juntos,
porque están los dolores presentes,
y están los pasados y están los futuros...
Este que es el mismo de una gran llanura
sin camino, Señor, y sin uno
para salir de esta enorme llanura
donde todo es yermo, y todo está oscuro!

Oscuro con la enorme oscuridad de ver
cómo siguen creciendo las alas de los buhos,
y cómo el árbol nuestro todavía es capaz
de dar más frutos...
Estos frutos malditos de la pena maldita,
en donde se envenenan todos nuestros minutos,
pudiendo que el veneno sea de rebeliones
para alguno!

Señor Jesucristo, ya no mismo puedo
con la vida mía con que tanto sufro,
y Tú eres mi padre, Señor Jesucristo,
y nada te cuesta, quitándole a alguno
de los pájaros muertos las alas
que ya ni le sirven al pájaro mudo,
permitir que me vaya muy lejos,
permitir que me vaya sin rumbo,
hasta que una tarde, cansado del vuelo,
me abandone al viento, que, contra los muros
de la linde, me estrelle y entonces
acabe esta vida con que tanto sufro!

A CUENCA

Seda que no se arruga, cristal que no se empaña
suenan a verso mi tierra y es como un corazón
la forma que le diera —por ser la forma extraña—
don Gil Ramírez Dávalos que la minió de España
en barro de la tierra de Cristóbal Colón.

La azulidad hirviente, como mar de belleza,
la azulidad sonora de un cielo sin igual;
por natural capricho de la naturaleza,
es la azulidad clara ante quien canta y reza
la cristiana belleza de mi tierra natal.

Esta tierra pequeña como un cuenco de rosa,
silenciosa como agua que se pone a soñar;
y a pesar de su vida tranquila y silenciosa,
líricamente inquieta como la mariposa
que nació con la dulce vocación de volar...

Esta tierra, la tierra de las mil maravillas,
ostenta muchas veces su abolengo español,
y cuando canta y cuando se pone de rodillas
canta y reza por ella la alba donde rencillas
tuvieron Carlos Quinto y nuestro padre Sol!

Esta tierra, la tierra de toda primavera,
la tierra donde es todo armonioso y azul,
soporta herencia de áureo color en la bandera:
herencia de creencia, de amores, de quimera,
de lenguaje, de espíritu, de sangre y de laúd...!

ELOGIO A LAS PALIDAS

Debe ser dulce recibir un beso
de sus bocas escuálidas...
Yo tengo mucho de Pierrot, por eso
me gustan tanto las mujeres pálidas.

Hipsipilas de vida ultra oportuna,
en la tristeza tienen sus crisálidas;
y pienso que ha de haber fiesta en la luna
cuando se mueran las mujeres pálidas...

Nó para el Sí rosado de las rosas,
pero Sí para el Nó de tantas cosas
burguesas, como ser las tardes cálidas...
Si es que yo fuera Rey me coronara
una corona de mujeres pálidas!

THANATHEIDA

Nocturno Macabro

Es la fosca, es la terrible media noche de Edgar Poe;
es el ruido que hace adentro lo macabro que me roe
como roe la polilla la madera del vitral;
es la fosca, es la terrible media noche de Edgar Poe,
y las brujas y los diablos que comienzan a pasar.

Y amarillos, con las bocas desdentadas,
con las manos descarnadas,
esqueléticas, crispadas,
y las cuencas abultadas
del verdín que en el sepulcro con los ojos se cambió,
pasan muertos, esos muertos que dan sustos
a los gatos quejumbrosos de mirar la gran visión...

Y los gatos se electrizan,
y los gatos agonizan,
y los gatos ya se mueren, ya se acaban de asfixiar...
como yo, que no me libro
del terror, y tengo miedo de las páginas del libro,
de mis manos, de mi sombra, de la luna, del vitral...!

Ya tiritan las ventanas, ya en un ángulo cercano
se oye un ruido cual de pasos, ya se acerca el extrahumano
maremagnum de cadáveres andantes, ya comprendo la señal
de sus manos esqueléticas, y ya veo su gran túnica de fiesta
tatuada con lo cárdeno de la carne descompuesta,
y manchada de la sangre putrefacta y anormal...

Ya se acerca el maremagnum de esqueletos, ya se acerca:
con la risa de ultravida, con la risa rara y terca
que sus medios dientes finos todo llenos de verdín
les simulan en la larga y descarnada,
la macabra, y amarilla y desgonzada,
y fatídica mandíbula, donde dejan sus telares las arañas de ojo
ruin.

... Ha llegado el maremagnum de esqueletos. En la fea
media lumbre de la alcoba se percibe que ganguea
el terrible maremagnum... Miedo! horror!
No es el ruido que hace el viento si arrincona y si menea
las cortinas: es el fosco maremagnum que ganguea.
Son los muertos, Dios te salve! Padre Nuestro! son los muertos,
son los muertos! que me llevan! miedo! horror!...

Es la fosca, es la terrible media noche de Edgar Poe;
es lo trágico, lo intenso, lo macabro que me roe,
como roe la polilla la madera del vitral;
es la fosca, es la terrible media noche de Edgar Poe;
son los muertos los que llegan,
son los muertos los que pasan...
Padre nuestro! y ellos pasan y no acaban de pasar...!

LE ALMOHADARON DE ROSAS...

Para el almíta suave de Aurelia María
y como quien oficiara en el altar san-
griento de aquella gran tragedia.

Le almohadaron de rosas y vestida de blanco
le pusieron al fondo de la caja lo mismo
que si hubieran estado guardando para siempre
una carta de amor, y al encerrarle, lívido,

yo le alcancé en los ojos el estupor que pone
la visión de los días lejanos que se han ido
coronados de rosas y vestidos de blanco,
y para siempre, hermana como se fué tu niño!

Como se fué en lo triste de esa mañana triste
que pasara quejándose, en el cuarto contiguo,
con la muerte en los ojos la madrecita pálida,

para irse ella también en alas del quejido
hasta dejarnos dueños de este dolor enorme
que es el único valle que no tiene caminos!

Para irse ella también sin embargo de todo
lo que en tantas miradas dolientes la dijimos,
presintiendo estas noches tan largas y tan negras,
y estos días opacos, dolorosos y fríos.

Estos días que llegan para nuestra tristeza
con el mismo silencio de su puesto vacío,
a donde no hay instante que no vayan los ojos
igual que si volver hubiera prometido...!

Pero al que siempre encuentran nuestros ojos dolientes
así mismo callado y así mismo vacío
como se reflejó en las primeras lágrimas;

y se reflejará en las que hemos querido
guardar para las sedes de este dolor enorme
que es el único valle que no tiene caminos!

CARMELINA DEL MAR

Menudita de cuerpo, menudita de pies,
como son tus muñecas, Carmelina del Mar.
La princesa era blanca, tan blanca que una vez
yo sentí, yo sentí que se oía a azahar...

Mas su bondad oriunda de un celeste país,
sólo Francisco Jammes ha podido pintar...
La manzana de Anís, la Manzana de Anís,
te acuerdas de ese libro que nos hizo llorar?

Carmelina del Mar, y ese libro que un día,
mientras pasaban sobre del agua que corría
las historias que cuentan los pétalos, muriendo,
bajo un cielo clarísimo nos obligó a mirar
largas horas el agua que, mientras se iba yendo,
se nos iba llevando, Carmelina del Mar...!

Bueno, pues, la princesa que me tuvo su amor,
hasta por quince lunas bien me supo querer...
(Las flores, esa suave música de color,
en mi jardín duraban hasta el anochecer)...

Pero un día las flores no quisieron durar;
y como ya comprendes lo que podía ser,
entonces compadéceme, Carmelina del Mar,
y acompáñame mientras comienza a anochecer;

y miénteme una historia que llégué a concluir
en un párrafo dulce que tendrá que decir:
y se fue la princesa lejos, pero otra vez,
y en una tarde rosa, la vieron regresar,
menudita de cuerpo, menudita de pies,
como son las muñecas, Carmelina del Mar...!



EL ROMANCERO DE LAS ROSAS

Historia compendiada mil veces en un pétalo
que disecó la página de un libro de saudades;
cuando la primavera con sus alegorías
tatúa con primor rosas en los rosales,
la primavera dicta desde las blancas rosas,
de los recuerdos íntimos las más íntimas clases;
al menos en las tardes, al par que el sol declina,
al menos en las tardes...

Y es que no hay un capítulo que no tenga en la vida,
por amor, por dolor, por retorno, por viaje,
y por cualquiera cosa, un jardín, un camino,
una avenida llena de floridos rosales...!
Y son las rosas blancas atáudes de seda
donde hemos enterrado las ilusiones grandes,
esas que se murieron en un claro de luna,
porque lo quiso así la vida en sus maldades;
y son las rosas blancas funerarias de armiño
que guardan del pasado los íntimos cadáveres,
y guardan el recuerdo de nuestras cosas tristes,
de nuestras cosas suaves...

Por eso que se llora junto a las blancas rosas
y se sufre, se sufre, con una pena grande,
al menos en las tardes en que vemos las rosas.

Y volviendo a vivir pretéritos contrastes,
sentimos esa angustia que se siente infinita,
al menos en las tardes...

Las rosas amarillas, madera fina y leve
dan para el cofre dulce de las preteridades,
y son así recuerdos cerrados en capullo,
que destilan aromas de las cosas distantes!
Las rosas amarillas son cofres de recuerdo
en el armario verde de los verdes rosales...!
Y son también los rayos que de la luna llena,
alguna de esas lunas que nos fuera agradable,
se nos vuelven tangibles en mitad de los huertos
y en el florero anímico se nos vuelven palpables...

Para qué? Para entonces las rosas amarillas
mostrarnos cómo el alma poblada de cadáveres
es una cruz doliente que está sobre la vida,
cobijando sepulcros que en horas no narrables
vuelven a abrirse mientras la mano del Destino
de esos sepulcros corre la misteriosa llave...

Romance de las Rosas! Yo quisiera que todos
como oración intensa recemos el Romance;
pues, en verdad, os digo que alguno que esté exento
del divino pecado, del recuerdo imborrable,
lance su piedra contra las rosas amarillas,
esas que en los cercados y en los jardines nacen;
esas que son compendio de tantas ilusiones,
que son como una oblea de sueños distantes,
y que dan la madera más hermosa y más leve
con que los cofres dulces de los recuerdos se hacen.

¡Si, que lance su piedra contra esos cofres míos,
en el armario verde de los verdes rosales!!!

Luego las rosas rojas, las rosas que difunden
del corazón herido la coagulada sangre,
son bocas entrabiertas que besamos un día

y son mejillas púberes que acariciamos antes...
Así las rosas rojas nos traen a la mente
los encantos del ser que amamos con alarde,
y que un día cualquiera, sin saber por qué cosa,
se nos puso marchito, se nos puso muy grave,
y se fue para siempre como las rosas rojas
que al soplo de la brisa violeta de la tarde
se van sobre las aguas tan rápidas del alma
y ya no vuelven nunca por más que se las llame!

Rosas blancas y rosas amarillas y rojas,
rosas de todo tinte, rosas de todo alarde,
cuando la primavera con sus alegorías
tatúa con primor rosas en los rosales;
acaso no comprende la hermosa primavera
que reventando rosas también revienta males,
pues no hay quien en su vida no conserve un capítulo
con un rosal florido de sus rosas ideales,
las rosas que al cantar en este Romancero,
como termina todo, terminan el Romance.